

solución al porvenir europeo y occidental. En otras palabras: un cristianismo integrista—caduco—y un cristianismo progresista.

R. M. L.

GONNARD, René: *“La légende du Bon Sauvage (Contribution a l'étude des origines du Socialisme)”*. Librairie de Médicis. Paris, 1946. 124 páginas.—Brevísimo análisis histórico de la célebre leyenda del buen salvaje. El autor recoge acá y acullá de las distintas producciones literarias de su país—generalmente son elementos de la novela—, retazos doctrinales con que reconstruye la historia de ese mito. Cual ha sido su intención, alude a la leyenda entre los escritores franceses, haciendo escasas referencias a los de otras naciones. Queda, por ello, un campo inmenso libre de su sagacidad y labor, en el que, quizá—al menos nos referimos concretamente a nuestros escritores de la época de los grandes descubrimientos geográficos—se ha perfilado la leyenda con soltura mayor y mayor originalidad que cuanta tuvieron los literatos del país vecino.

Para Gonnard existe una relación íntima, de causa a efecto, entre cultura y “espíritu de utopía”. Los poetas griegos, los grandes poetas de la Hélade maestra de cultura, creyeron que en la antigüedad remota había existido una edad dorada, agregado feliz de sociedades utópi-

cas. En este aspecto se encuentra Rousseau entre los mejores expositores de la antiteoría del progreso fatal e indefinido: desde la edad de oro al período nuestro de infortunio y calamidad. A esta especie de “utopía-tiempo” contraponen M. Gonnard la “utopía-espacio”: situación de la edad dorada—escribe—, en tierras lejanas, reales o imaginarias, que se suponen habitadas por pueblos, extraños a las instituciones y costumbres de las naciones civilizadas, y por lo mismo superiores a ellas. Tal es el mito de una comunidad de salvajes buenos y virtuosos, la concepción doctrinal de un mundo mejor, emplazado dentro de nuestra historia y nuestro tiempo.

Los fautores de la leyenda, según M. Gonnard, hicieron, ante todo, tres afirmaciones de matiz político, social y económico: a) El salvaje es, a la vez, mejor y más dichoso que el hombre civilizado. b) Debe su estado de superioridad a que vive en conformidad con los cánones de la Naturaleza. c) Vivir según la Naturaleza significa vivir en un estado de convivencia humana donde se ignora la propiedad privada y reconoce la igualdad social y económica entre los individuos.

Pero tal vez sea ésta la primera pregunta que deba hacerse: qué es el “salvaje”. Gonnard critica la definición habitual de los diccionarios—hombre que vive sin habitación, sin leyes, sin civilización—, por estimarla inexacta.

Desde luego, habría que distinguir entre el tipo de salvaje histórico y el tipo de salvaje utópico. "El hombre que no conoce ninguna ley constituye una invención de los utopistas". El salvaje, por el contrario, que todos conocen por la historia de América o de África, por ejemplo, practicaba cierto número de leyes, poseía un grado de sedentariedad notable y se desarrollaba en un medio cultural advertible, si bien mínimo. Precisamente a ese tipo humano mal definido por los diccionarios, aluden los mixtificadores de esta fábula política.

Destaca Gonnard la importancia que dentro de la doctrina socialista ha tenido la tesis del buen salvaje. Tanto es así —opina— que la defensa de la comunidad de bienes y de la igualdad social-económica que allí se fija, son los motivos primordiales que se aducen para presentar al comunismo como solución definitiva del problema social. Esto le lleva de la mano a la afirmación de que su análisis no corresponde a la historia de la Literatura —aunque pudiera ésta comprender el aspecto estilístico, lingüístico, etc., de las obras utópicas—; de ahí el subtítulo con que encabeza Gonnard este pequeño libro suyo.

No merecen al autor mucha estima los utopistas del buen salvaje. Hay, según él, en aquella tesis un subsuelo de rencor evidente hacia el cristianismo, o mejor aun hacia la sociedad tal como la tenemos constituida. La leyenda se elabora en el Renaci-

miento —cual demuestra cumplidamente Gonnard—, y, al igual que todos los supuestos de aquel inmenso movimiento cultural, aparece como una proposición antitética del ideal cristiano.

Se defiende en la leyenda del buen salvaje el estado de naturaleza, porque en él el hombre es virtuoso y porque la felicidad es allí un supuesto de vida inexcusable; y se defiende al salvaje porque se le supone como viviendo en aquel estado. En el fondo, es aquél un estado que implica la negación del cristianismo, repite incesantemente M. Gonnard. Pero estos propagadores y defensores de la idea del buen salvaje lo son de unas doctrinas disolventes y revolucionarias; son, en su vida y en su espíritu, unos individualistas exagerados, a veces unos renegados, a veces también, unos enfermos mentales, que glorifican al salvaje por odio a la sociedad que los arroja de su seno. "Apenas —escribe nuestro autor—, si existe necesidad de probar que la elaboración doctrinal de nuestros utopistas es endeble en todas sus partes". ¿Es el salvaje realmente feliz? ¿Vive siquiera en el llamado "estado de naturaleza"? ¿Y aun en esta situación social —presocial— es al modo como la concebiera Rousseau o bien Hobbes? ¿El salvaje es virtuoso? ¿No es más bien un desdichado —parafrasearemos a De Maistre—, a quien falta todo cuanto engrandece a los hombres, la cultura y la civiliza-

ción?... M. René Gonnard expone estos y otros problemas adjuntos a aquel otro que es primero y fundamental: ¿existe el buen salvaje?; ¿puede existir?

La segunda parte de esta obra —la más extensa; fin, además, primordial del análisis de M. Gonnard—, está dedicada a la exposición del proceso histórico que sufre la leyenda en el curso del tiempo. Confundiendo de propósito o de propósito hermando la leyenda griega de la edad de oro con el mito del buen salvaje —“legédes - soeurs”—, Gonnard remonta el origen de esta última a la antigüedad helénica. Empero, encuentra nuestro autor en la concepción materialista y anticristiana del Renacimiento la explicación evidente del porqué de la mitificación de los salvajes. Una oposición tajante, escribe, al tipo ideal de cristiano fué el tipo “natural” de hombre. El estado de naturaleza, cuyas virtudes y excelencias canta la leyenda, es, ante todo, el estado contrario de vida prescrito por el cristianismo. La disparidad de dos mundos en pugna —teocéntrico, uno, y, otro, antropocéntrico—, creó la leyenda, la dió forma, hizo fecundos a múltiples espíritus y produjo una literatura copiosa.

Durante el siglo XVI la leyenda a que se alude tuvo un desarrollo grandioso. Todos los escritores de nota recuerdan con cuidado aquel mito, todos trabajan sus tesis, hasta el punto de que el mismo Gonnard lamenta

que Cervantes no llenara su isla Barataria de pobladores salvajes. Es aquel un momento histórico de acrecentada “cultura utópica”. La “Utopía” de Sir Thomas More, la “Nueva Atlántida” de Bacon, algunos capítulos de los “Ensayos” de Montaigne, etc., poseen materia copiosa sobre el respecto, que analiza detenidamente M. Gonnard.

El siglo XVI se caracterizó porque la literatura sobre el buen salvaje tuvo una base utópica, esto es: el ideal humano que allí se defendía, tenía una imposibilidad real de existencia. Por el contrario, en el siglo XVII la literatura que se dice utópica no lo es tanto, en cuanto que trata de incorporar a su tesis sobre el buen salvaje los rasgos y caracteres mismos de la realidad, de la historia y de la época: esta posibilidad la ofrecen las tierras que en América e islas del Pacífico iban conociéndose, ahora, con mayor detalle y extensión. Esta distinción no la advierte M. René Gonnard; así es que en su obra se barajan elementos utópicos con otros que lo son puramente históricos —más o menos novelados—, error que afea este libro y confusión a un tanto al lector no avezado a este género de escritos.

El siglo XVII lo llenan los nombres de tres grandes escritores: Denis Veiras, Gabriel de Foigny y Claude Gilbert. Por encima de ellos tal vez se halle, en fama y por justicia, Cyrano de Bergerac. Sus “Histoires comi-

ques” —paradigma acabadísimo de novela fantástica—, constituyen una auténtica utopía, aunque no lo sean tanto de defensa y exposición del mito del buen salvaje.

Dos capítulos dedica el autor a estudiar la leyenda en el siglo XVIII. La lista de obras de la época es cuantiosa, extraordinaria: “Entretiens d’un sauvage et du baron de la Hontan”; “Voyages et Aventures de Jacques Massé”; “Moeurs de sauvages américains”; etc. Hubiera sido interesante que M. Gonnard explicara el porqué de esta relevancia del mito del buen salvaje en esta centuria. Pero el gran personaje de la época fué J.-J. Rousseau. En efecto, su famoso “Discours sur l’Inégalité” (1753) constituye la exposición más acabada —tuvo la ventura de que fué la más leída—, de la leyenda del buen salvaje. A este respecto nos permitimos recordar que la obra de Gonnard contiene una tesis evidente: Rousseau no fué nada original en sus “Discours” para la Academia de Dijon. Desde Grecia hasta su época, generaciones de escritores, de talla más o menos fundada, aludieron al tema con acierto diverso. Este punto es fundamental en la investigación de las teorías políticas de Rousseau.

Pero después del siglo XVIII —concretamente: después de la Revolución francesa—, el prestigio de la leyenda decayó en grado apreciable. Hoy puede ha-

blarse de una crisis total de esa tesis. Las teorías relativas a la bondad natural del hombre —cuya defensa tanto diferenció a Rousseau—, cayeron por tierra tras la Revolución de 1789. Ya antes, es cierto, Condorcet principalmente había evocado los principios de una “nueva” teoría: la doctrina del progreso indefinido, que daba al traste con la tesis de la “perfección actual” del hombre y fija todos sus anhelos de virtud y felicidad en el futuro de nuestra Historia. Apareció, pues, una contradicción entre el “estado de naturaleza” (y el buen salvaje), de un lado, y el progreso, de otro. Así es que el siglo XIX, que había de caracterizarse por un amor ciego —“on sait avec quelle passion”— al principio del progreso, no podía continuar exaltando seriamente la idea del buen salvaje. De otro lado —razona siempre M. Gonnard—, aparecen multitud de escritos de índole varia —se alude sobre todo a las publicaciones de los sociólogos—, que derrumban la leyenda probando la ineficacia del utopismo y las exageraciones evidentes de todos los autores del siglo XVII.

F. S. P.

*GURVITCH GEORGES: La vocación actual de la Sociología. Traducción del francés por Pablo González Casanova, Max Aub y Sindulfo de la Fuente. Impreso por Fondo de cultura económica. Buenos Aires, 1953. 330 páginas.—Bajo la influencia*